



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Carlos Bosch García, mi gran maestro, mi amigo entrañable

Autor: Avilés Fabila, René

Forma sugerida de citar: Avilés, R. (1994). Carlos Bosch García, mi gran maestro, mi amigo entrañable. *Cuadernos Americanos*, 3(45), 151-154.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 45, (mayo-junio de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CARLOS BOSCH GARCÍA, MI GRAN MAESTRO, MI AMIGO ENTRAÑABLE

Por *René* AVILÉS FABILA
LITERATO MEXICANO

MEXICANO Y ORGULLOSO de su nacionalidad adquirida, Carlos Bosch García fue hijo del notable historiador Pedro Bosch Gimpera. Este último llegó a México después de la Guerra Civil española, luego de ser profesor en la Universidad de Oxford. Antes, en su natal Cataluña, fue ministro del Gobierno Autónomo y rector de la Universidad. Produjo, como su hijo, una abundante y distinguida bibliografía que en mucho explica los lazos entre México y España, entre Europa y el Nuevo Mundo.

Carlos Bosch murió silenciosamente en su biblioteca, el martes 22 de febrero de 1994, a las seis de la tarde. Lo acompañaba su esposa, compañera entrañable, estudiosa del arte, la doctora Elisa Vargas Lugo. Casi enseguida fue a verlo su médico y mejor amigo, Vicente Guarner. El corazón debilitado de Carlos Bosch García no resistió más y el hombre fino, caballeroso, el hombre generoso, el inmenso historiador y maestro de excepción, falleció. Una pérdida en verdad irreparable. Con Bosch García se pierde parte importante de una distinguida tradición académica en extinción: la del profesor e investigador de tiempo completo de alto rango. Cada día son menos aquellos que amorosamente dedican su vida entera a la docencia y todo lo que conlleva el trabajo académico.

Carlos Bosch García dejó a su paso infinidad de libros y artículos, preparó con esmero a muchas generaciones de alumnos. Su rigor era famoso. Yo lo recuerdo bien cuando alrededor de 1962 entré por vez primera en el salón de clases de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Sería mi maestro junto a profesores de la talla de Ricardo Pozas, Modesto Seara Vázquez, Pablo y Enrique González Casanova, Arturo Arnáiz y Freg, Víctor Flores Olea, Francisco López Cámara, Enrique González Pedrero y Ernesto

de la Torre Villar. Carlos Bosch García era un hombre de una presencia extraordinaria, apuesto y elegante, de voz sonora y de cierto aire (falso) de arrogancia. Sus clases eran espléndidas, pues al mismo tiempo que impartía historia, nos explicaba sus secretos metodológicos para investigar. Poco lo traté. Me inspiraba cierto temor. Lo imaginé duro y hosco. Cuando años después trabajamos amistad y le confesé mis titubeos, le dio un ataque de risa. Mientras escuchaba sus carcajadas, pensé que de no ser por aquella timidez juvenil, yo habría podido disfrutar más la sabiduría de ese excelente profesor cuyos libros me impresionaban con sus ideas novedosas, distintas de las acartonadas que nos mostraban las historias oficiales.

En 1964-1965 solía encontrarlo en los actos sociales del Centro Mexicano de Escritores. Llegaba acompañado de su esposa, Elisa Vargas Lugo, una inteligente y sensible mujer, hermosa por añadidura. Tampoco en esos tiempos hablé gran cosa con él. Lo saludaba con la cortesía y el respeto con los que he tratado a mis grandes maestros y punto. No fue sino hasta 1984, o tal vez principios de 1985, cuando por mi amistad con Martha Fernández volví a encontrarme con el matrimonio Bosch-Vargas. Esta destacada investigadora de arte trabaja con Elisa en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM y en algún momento me llevó a casa de mi maestro. Poco a poco fuimos haciéndonos amigos. Más adelante, con el matrimonio Guarner (Vicente y Alicia), comenzamos la costumbre de reunirnos a comer o cenar. A veces en casa de estos últimos, otras en la mía y la mayor parte de las ocasiones en casa de Carlos Bosch García, quien fastidiado de que en amables pláticas y discusiones le hablara yo de usted, me exigió que lo tutelara. Con dificultad, como me ocurrió con Revueltas y con Arreola, me animé. Con frecuencia nos acompañaban otro historiador notable, Juan Antonio Ortega y Medina, y su esposa. Era un grupo de excepción, al que se unía el padre de Alicia Guarner, don Antonio Martínez Báez, cuando sus compromisos se lo permitían. Mucho aprendí en esas largas conversaciones. De allí saqué, por ejemplo, material para mi novela *Réquiem por un suicida*, y de otra plática literario-humorística derivé un cuento que está dedicado a todos esos buenos amigos, queridos amigos; por desgracia, dos de ellos nos abandonaron.

El año pasado la salud de Carlos Bosch García comenzó a deteriorarse. Su corazón se debilitaba, pero nunca dejó de trabajar, de recibir alumnos, de redactar libros, artículos y conferencias. Estaba

en plena producción cuando la muerte lo sorprendió. Poco antes me había regalado *México en la historia, 1770-1865*, con una cálida dedicatoria. Sabía que estaba delicado, sin embargo luchaba por vivir. Todavía dos semanas antes de fallecer, les correspondió a los Guarner invitarnos a comer. Carlos Bosch García estaba animoso y llevaba a cuestas un pequeño tanque de oxígeno, del que se burlaba. Y un mes antes estuvimos juntos en la presentación de la primera novela de Vicente Guarner, *Nelaton*, en el auditorio del Hospital Ángeles. Llegó solidario con su amigo, conduciendo su propio automóvil. Pese a la enfermedad, mi maestro hacía, hasta donde es posible, una vida normal, acostumbrado a su habitual independencia de movimientos, que Elisa no lograba detener con sus delicados y suaves regaños.

Carlos Bosch García deja una obra inmensa. Libros como *La esclavitud prehispánica entre los aztecas*, *Historia diplomática de México con los Estados Unidos 1820-1848*, *Material para la historia diplomática de México* y *Sueño y ensueño de los conquistadores*, son trabajos memorables que nos enriquecen y permiten conocer nuestros orígenes y raíces, nuestras difíciles relaciones con la potencia vecina y, como consecuencia, parte de nuestra compleja personalidad cultural. Carlos Bosch amó intensamente a este país al que su padre lo trajo cuando comenzaba la Segunda Guerra mundial. Solía mostrar su postura crítica con energía y valor desusados y dejaba correr su enorme bagaje cultural lenta y elegantemente, sin petulancia alguna. Es tanto lo que me ligó a Carlos Bosch García que su muerte me conmovió profundamente. Me sentí vacío y triste. Y esos sentimientos los compartió la comunidad universitaria e intelectual del país. Me encontraba junto a su viuda, la doctora Elisa Vargas Lugo, cuando llegaron maestros de la talla de Henrique González Casanova, Pascual Buxó, Luis Ortiz Macedo, Alberto Dallal. Y poco más adelante estuvo en el velorio el doctor Silvio Zavala, el maestro de Carlos Bosch García, afligido, entre el caudal de personajes que acudieron a despedirlo.

Es mucho lo que personalmente le debo a Carlos Bosch García. No sólo fue mi maestro, fue mi amigo y me hizo el honor de ser mi colaborador en *El Búho*, suplemento cultural de *Excelsior*, al que le entregó ensayos y artículos. Me presentó con don Silvio Zavala, quien asimismo se convirtió en asiduo colaborador del suplemento a mi cargo. No llegó a cumplir 75 años de edad; no obstante, legó una obra intensa e importante y preparó a un gran número de nuevos investigadores y profesores universitarios. Al salir del velorio, aturdido, desconcertado, recordé unas palabras que poco antes

me había dicho Alicia Guarnier: “Fue un distinguido intelectual, pero fue también un hombre bueno, un hombre que amó a su familia y a sus dos países: el que lo vio nacer y el que lo adoptó sin reservas y con cariño”. Aunque me queda la amistad y el cariño de Elisa Vargas Lugo, echaré de menos la presencia de Carlos Bosch García, mi maestro y amigo. Lo extrañaremos y lloraremos todos los que lo conocimos y nos beneficiamos con su cultura, su generosidad, su trato fino y elegante, su buen humor. Me parece normal que haya muerto del corazón, lo había entregado amorosa y pasionalmente a su tarea de educador y estaba fatigado.